

ÍNDICE

Efraín Huerta (1914-1982)	3
Éste es un amor	5
La paloma y el sueño	7
Sandra sólo habla en líneas generales	8
Juárez-Loreto	10
Afrodita Morris	13
El Tajín	17
Perra nostalgia	20
Despliegue de asombros ante un dios	22
Agua del dios (1)	23
Agua del dios (2)	24
El viejo y la pólvora	26
Sílabas por el maxilar de Franz Kafka	27
Responso por un poeta descuartizado	29
Esto se llama los incendios	32

EFRAÍN HUERTA

Selección del autor

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
DIRECCIÓN DE LITERATURA

México, 2007

EFRAÍN HUERTA (1914-1982)

Nació en el pueblo de Silao, estado de Guanajuato, el 18 de junio. Hizo sus primeros estudios en León y en Querétaro. En México cursó la preparatoria y los primeros años de la carrera de leyes. Fue periodista profesional desde 1936 y trabajó en los principales periódicos y revistas de la capital y en algunos de provincia. Fue también crítico cinematográfico. Perteneció a la generación de *Taller* (1938-1941), revista literaria que agrupó, entre otros, a Octavio Paz, Rafael Solana y Neftalí Beltrán. Viajó por los Estados Unidos y Europa. El gobierno de Francia le otorgó en 1945 las Palmas Académicas. En 1952 visitó Polonia y la Unión Soviética.

Dentro del Grupo que integró la generación de *Taller*, Efraín Huerta se distinguió por su sana conciencia lírica, por su apasionado interés por la redención del hombre y el destino de las naciones que buscan en su organización nuevas normas de vida y de justicia. Sus primeros libros: *Absoluto amor* (1933) y *Línea del alba* (1936), están incluidos en *Los hombres del alba* (1944), además de su obra publicada en revistas hasta 1944. El amor y la soledad son sus dos temas principales; el amor visto con ternura desolada, lleno de muerte y de vida alternativamente, unidos al tema de la rebeldía contra la injusticia, patente en toda su poesía. En sus *Poemas de viaje*, 1949-1953 (1956), los temas son mensajes de paz, lucha en contra de la discriminación racial, la música de los negros, sus costumbres, etcétera. También de tema político y combativo es la segunda parte de su libro *Estrella en alto* (1956). La Ciudad de México le inspiró bellos y desesperados poemas, en

que al describir y atacar las lacras de la capital, le muestra al mismo tiempo su amor y su odio.

OBRAS: POESÍA: *Absoluto amor*, Fábula, México, 1935. || *Línea del alba*, Fábula, Taller Poético, México, 1936. || *Poemas de guerra y esperanza*, eds. Tenochtitlán, México, 1943. || *Los hombres del alba*, pról. de Rafael Solana, *Géminis*, talls. "La impresora", México, 1944 (Contiene la mayor parte de los poemas de *Absoluto amor* y *Línea del alba*). || *La rosa primitiva*, Nueva Voz, México, 1950. || *Poesía*, Canek, México, 1951. || *Los poemas de viaje, 1949-1953* (Estados Unidos, Unión Soviética, Checoslovaquia, Hungría), ilustr. de Alberto Beltrán, ed. Litoral, México, 1956. || *Estrella en alto y nuevos poemas*, col. "Metáfora", núm. 4, México, 1956. || *Para gozar tu paz*, Cuadernos del Cocodrilo, núm. 3, Textos amorosos, México, 1957. || *¡Mi país, oh mi país!*, México, 1959. || *Elegía de la policía montada*, México, 1961. || *La raíz amarga*, México, 1962. || *El Tajín*, Cuadernos de Pájaro Cascabel, México, 1963. || ENSAYO: *Maiakovski, poeta del futuro*, col. Cultura, México, 1956.

DICCIONARIO MEXICANO DE ESCRITORES

[En sus últimos años, Efraín Huerta publicó los siguientes libros de poesía; *Poesía 1953-1968*, ed. Joaquín Mortiz, 1968; *Los eróticos y otros poemas*, ed. Joaquín Mortiz, 1974; *Circuito interior*, ed. Joaquín Mortiz, 1977; *Transa poética*, Era, 1980; *Estampida de puemínimos*, Premia, 1980 y *Amor, patria mía*, Ediciones de Cultura Popular 1980.]

ÉSTE ES UN AMOR

A Rosaura Revueltas

Éste es un amor que tuvo su origen
y en un principio no era sino un poco de miedo
y una ternura que no quería nacer y hacerse fruto.

Un amor bien nacido de ese mar de sus ojos,
un amor que tiene a su voz como ángel y bandera,
un amor que huele a aire y a nardos y a cuerpo
húmedo,
un amor que no tiene remedio, ni salvación,
ni vida, ni muerte, ni siquiera una pequeña agonía.

Éste es un amor rodeado de jardines y de luces
y de la nieve de una montaña de febrero
y del ansia que uno respira bajo el crepúsculo de
San Ángel
y de todo lo que no se sabe, porque nunca se sabe
por qué llega el amor y luego las manos
—esas terribles manos delgadas como el
pensamiento—
se entrelazan y un suave sudor de —otra vez—
miedo,
brilla como las perlas abandonadas
y sigue brillando aún cuando el beso, los besos,
los miles y millones de besos se parecen al fuego
y se parecen a la derrota y al triunfo
y a todo lo que parece poesía— y es poesía.

Ésta es la historia de un amor con oscuros y tiernos
orígenes:
vino como unas alas de paloma y la paloma no
tenía ojos

y nosotros nos veíamos a lo largo de los ríos
y a lo ancho de los países
y las distancias eran como inmensos océanos
y tan breves como una sonrisa sin luz
y sin embargo ella me tendía la mano y yo tocaba
su piel llena de gracia
y me sumergía en sus ojos en llamas
y me moría a su lado y respiraba como un árbol
despedazado
y entonces me olvidaba de mi nombre
y del maldito nombre de las cosas y de las flores
y quería gritar y gritarle al oído que la amaba
y que yo ya no tenía corazón para amarla
sino tan sólo una inquietud del tamaño del cielo
y tan pequeña como la tierra que cabe en la palma
de la mano.
Y yo veía que todo estaba en sus ojos —otra vez
ese mar—,
ese mal, esa peligrosa bondad,
ese crimen, ese profundo espíritu que todo lo sabe
y que ya ha adivinado que estoy con el amor hasta
los hombros,
hasta el alma y hasta los mustios labios.
Ya lo saben sus ojos y lo sabe el espléndido metal
de sus muslos,
ya lo saben las fotografías y las calles
y ya lo saben las palabras —y las palabras y las
calles y las fotografías
ya saben que lo saben y que ella y yo lo sabemos
y que hemos de morirnos toda la vida para no
rompernos el alma
y no llorar de amor.

LA PALOMA Y EL SUEÑO

Tú no veías el árbol, ni la nube ni el aire.
Ya tus ojos la tierra se los había bebido
y en tu boca de seda sólo un poco de gracia
fugitiva de rosas, y un lejano suspiro.

No veías ni mi boca que se moría de pena
ni tocabas mis manos huecas, deshabitadas.
Espeso polvo en torno daba un sabor a muerte
al solemne vivir la vida más amarga.

Había sed en tus ojos. Suave sudor tu frente
recordaba los ríos de suave, lenta infancia.
Yo no podía con mi alma. Mi alma ya no podía
con mi cuerpo tan roto de rotas esperanzas.

Tus palabras sonaban a olas de frágil vuelo.
Tus palabras tan raras, tan jóvenes, tan fieles.
Una estrella miraba cómo brilla tu vida.
Una rosa de fuego reposaba en tu frente.

Y no veías los árboles, ni la nube ni el aire.
Parecías desmayarte bajo el beso y su llama.
Parecías la paloma extraviada en su vuelo:
la paloma del ansia, la paloma que ama.

Te dije que te amaba, y un temblor de misterio
asomó a tus pupilas. Luego miraste, en sueños,
los árboles, la nube y el aire estremecido,
y en tus húmedos ojos hubo un aire de reto.

No parecías la misma de otras horas sin horas.
Ya sueñas, o ya vuelas y ni vuelas ni sueñas.

Te fatigan los brazos que te abrazan, paloma,
y, al sollozar, a un lirio desmayado recuerdas.

Ya sé que estoy perdido, pero siempre ganado.
Perdido entre tu sombra, ganado para nunca.
Mil besos son mil pétalos protegiendo tu piel
y tu piel es la lámpara que mis ojos alumbraba.

¡Oh geografía del ansia, geografía de tu cuerpo!
Voy a llorar las lágrimas más amargas del mundo.
Voy a besar tu sombra y a vivir tu recuerdo. Voy a
vivir muriendo. Soy el que nunca estuvo.

SANDRA SÓLO HABLA
EN LÍNEAS GENERALES

Donde habita, donde come, donde
parece un arenoso acantilado,
allí es un cordero de ámbar con ojos de anís
y algo acerca de la dicha sexual tiene escrito en la
frente.

Luego viene lo intolerable y maligno
(tal vez su madre, su padre o su hermana),
porque como he dicho dicha digo
que la veo y no la reconozco bajo arcos de triunfo
cocinados a cuchillo,
hablando palabras de fuego sobre el Mediterráneo
(que para ella fue Tequesquitengo o no fue nada),
deshaciéndose en fulgores sobre la soberana idiotez
de la Gioconda
(que a ella, lo sé a ciencia cierta, le pareció
una simple putita de Polanco),
bebiendo vinos rojos, besos rojos —canalla, perra—,

paseándose verdosamente, sandramente
por ciudades que no conozco y que no me importan
como no me importa ella sino porque existe
y es posible verla de lejos, de cerca,
comiendo bajo los húmedos azules de Nápoles,
viendo sin ver y hablando en líneas generales
como en un remanso de siniestra paz gastronómica.

Hace dos días con sus noches pude verla
(ella vive en las calles de Racine
y yo en Lope de Vega, lo cual es todo un drama en
seis actos)
y en sus ojos había una tormenta edénica y
turbadora
como antes y después del primer pecado
—lo virginal no quita lo caliente—,
Eva maldita Eva milenaria Eva evasiva Eva exúbera
Eva general Eva particularmente deseada y
detestada
Eva que sabe a postre de manzana postre de mieles
Eva que huele a café con Leche-de-la-Mujer-Amada
Eva liberada Eva que viajó por Europa
y en verdad que nunca salió de estas amargas calles
¿para qué, si sus alas son dos liras rotas
y en el Foro romano sólo discurren los homosexuales
y alguna pelirroja horizontal originaria de
Brooklyn?

Esos hace dos días supe que Sandra había visto
piedras talladas
y visto pinturas en sórdidos museos
y visto a Sofía Loren de lejos, de tan lejos
como de aquí a ella, Sandra de los ojos
que brillan y rebrillan como santelmos a la mitad
del naufragio,

Sandra anónima Sandra espigada Sandra para
morirse de una buena vez
Sandra ¿por qué te llamas estúpidamente Sandra?
Sandra ojos de cordero degollado Sandra
catedralicia
Sandra Santa Capilla Sandra Nuestra Señora
Sandra diabla y demonia sandrísima
que nunca me miró de frente que nunca me dijo
buenas tardes
—lo que yo hubiera querido era un buenas
noches—,
Sandra fugaz heroína de un poema fugaz
como el paso de una azucena por el palacio de algo
así como un poeta.

21 de diciembre de 1966

JUÁREZ-LORETO

Alabados sean los ladrones...
H.M.E.

La del piernón bruto me rebasó por la derecha:
rozóme las regiones sagradas, me vio de arriba
abajo
y se detuvo en el aire viciado: cielo sucio
de la Ruta 85, donde los ladrones
me conocen porque me roban, me pisotean
y me humillan: seguramente saben
que escribo versos: ¿Pero ella? ¿Por qué
me faulea, madruga, tumba, habita, bebe?
tiene el pelo dorado de la madrugada
que empuña su arma y dispara sus violines.

Tiene un extraño follaje azul-morado
en unos ojos como faroles y aguardiente.
Es un jazmín angelical, maligno,
arrancado del zarzal en ruinas.
A los rateros los detesto con todo el corazón,
pero a ella, que debe llamarse Ría, Napoleona,
Bárbara o Letra Muerta o Cosa Quemada,
empiezo a amarla en la diagonal de Euler
y en la parada de Petrarca ya soy un horno
pálido de codicia, de sueños de poder,
porque como amante siempre he sido pan comido,
migaja llorona (*Ay de mí, Llorona*), y si ayer
pasadas las diez de la noche
fui el vivo retrato de la Novena Maravilla,
ahora sólo soy la sombra de una séptima colina
desyerbada.

Alabados sean los ladrones, dice Hans Magnus.
Pues que lo sean: los veo hurtar carteras, relojes,
orejas,
pies, nalgas iridiscentes, bolígrafos, anteojos,
y ella, que debe llamarse Escaldada, ni se inmuta.
Vuelve al roce, al *foul*, al descaro,
se alisa la dorada cabellera
(¡Coño, carajo, caballero, qué cabellera de oro!),
se marea, se hegeliza, se newtoniza,
y pasamos por donde Maimónides y Hesíodo
y pone todavía más cara de estúpida cuando
Alejandro Dumas, Poe y Molière y los cines
cercanos!
Malditilla, malditita, putilla camionera,
vergüenza seas para las anchas avenidas
que son Horacio, Homero y, caray (aguas, aguas),
Ejército Nacional.
Rozadora, pescadora en el río revuelto

de las horas febriles; ladrona de mi mala suerte,
abyecta cómplice del “dos de bastos”, hembra de los
flancos

como agua endemoniada;
cachondísima hasta la parada en seco
del autobús de la Muerte.

Alabada seas, bandida de mi lerdía conmisericordia.

Escorpiona te llamas, Cancercita, Cangreja,
amada hasta la terminal, hasta el infinito trasero
que me despertó imbecilizado en el *boulevard*

¡Miguel de Cervantes Saavedra y demás clásicos!

Porque luego de tus acuciosos frotamientos
y que cada quien llegó a donde quiso llegar
(para eso estamos y vivimos en un país libre)

hube de regresar al lugar del crimen

(así llamo a mi arruinado departamento de Lope
de Vega),

y pues me vine, sí, me vine lo más pronto posible
en medio de una estruendosa rechifla celestial.

Adoro tu nalga derecha, tu pantorrilla izquierda
tus muslos enteritos, lo adivinable y calentito, tus
pechitos pachones

y tu indigno, antideportivo comportamiento.

Que te asalten, te roben, burlen, violen,

Nariz de Colibrí, Doncella Serpentina,

Suripantita de Oro, Cabellitos de Elote,

porque te amo y alabo desde lo alto de mi aguda
marchitez.

Hoy debo dormir como un bendito

y despertar clamando en el desierto de la ciudad
donde el Juárez-Loreto que algún día compraré

me espera, como un palacio espera, adormilado,
a su viejo-príncipe-poeta
soberbiamente idiota.

22 de octubre de 1970

AFRODITA MORRIS
(*Ceremonial de las 13.30*)

*On ne mesure pas le désordre
Pourtant
C'est par la femme que l'homme dure*
Paul Éluard

*Causadora de secretos yerros
Enemiga de honestad
Ligera emerges de la malvada espuma
Y zahareña pasas bajo arcos triunfales
Traspasada de luces meridianas
Pirules, marquesinas, prósperas azaleas,
Sublimada como la gran cosa grandes muslos
Sintiéndote brutalmente soñada
Cual si fueras lo exclusivo y único mineral y
eléctrico*

Pero así eres pues
Y algo de tu mítica presencia
Explicaré en seguida
Con licencia de castos ojos castos oídos:

A los 200 metros advertimos olemos la chamusquina
Tu breve cabellera república de abejas
Dorado vellocino

Te acercas luego luego
Deseada y amada a todo vapor
Con tus brillantes incisivos de ardilla
El busto de amazona levemente anémica
Y todo lo animal y exuberante que te circunda
Laboriosa potranca gigante brizna
Abrasadora corza purpureante blasfemia
Amazona domadora del potrillo segundo
Del minuterero potro
Fulminadora de una vez por todas
Espejo espejito espejazo
De los hirientes azúcares del día
¿Quién más bella que tú?

*Pasas rapiditamente por el abismo
de mis tristezas*

Irradiando cardillo suscitando guirnaldas
Malditamente becqueriana
Salvajemente nerudiana
Abruptamente rubendariana
Dueña y señora de las implacables exultaciones
Vegetal marmórea canela pura
Piel de adivinaciones
Pies tejedores de aullidos
Cuando un fregabundal de albañiles te miran
Y los andamios son ya castillos en ruinas
Los pasajeros de autobuses fallecen de escalofrío
Y los decesos (desexos) se suceden como un tropel
de alfajores
Imposible sería, erectamente hablando,
Decir tu nombre porque nadie lo sabe y
Porque pocos conocen tu eminencia hipotenar
El aductor medio el definitivo sartorio
Los nombrados internos y externos

El crucial peroneo lateral largo
Y los delicados crural anterior, ah, y el sóleo

Después la asfáltica nube que discurre desde Morris
Hnos.

(todo lo diagnosticas tú, todito, toditito,
doctora en almas herrumbrosas automóviles
desbielados)

Hasta Masaryk, Horacio y Homero
Territorio de los rugidos las aromáticas mentadas
de madre

Las sirenas de la Cruz Verde y la Cruz Roja
El claxon rencoroso de las damas liverpúlicas
Las solamente lindas propietarias de *boutiques*
(una *shutique* me hace merecedor de la locura)

Los vendedores de billetes de lotería
Los boleros sin ranita con mandolina,
Los vagos, los imbéciles gerentes de banco
Y sus medianamente guapotas secretarias
Las carrozas de Gayosso y Tangassi
(Cuando estrene mi pijama de madera estaré más
triste)

Los camiones 60, 77, 85, 91, etcétera,
Que van y vienen como cangrejos locos
Y vas y vienes, Afrodita de tezontle,
Y entonces la avenida Mariano Escobedo
(¡Ríndete, Maximiliano!)

Es el canal donde la sangre estalla y se desparrama
Y los cínicos sicofantes la recogen con cucharitas
de plata

Pero cuando ayayay no pasas
Vario coraje nos enferma y
Por absoluta mayoría se resuelve

Que simplemente seas Afroda
Afroda Pérez López González o Martínez
Y no como te llamen en tu oficina en tu alcoba
O como se llamen tu espalda y tus riñones
Tus músculos ya escritos y descritos
La dulce miniatura de tus machupechos
Nuestros ojos muertos de pena
Nuestra boca muerta de sed
Nuestra poesía tan pobremente reiterativa

Todo viene a ser atrocísimo
Ominoso guillotinesco
Oh tú arrogante y bien plantada
Epicúreo y frutal teorema
Avara y generosa
Plácidamente paladeable
Para con "los llamados etceteristas
Y también los del así sucesivamente"

Y así
Así susexyvamente
Hasta la dulce muerte por enumeración
Y la despiadada caída
Del violáceo telón de la Impudicia

Enero de 1971

EL TAJÍN

A David Huerta

A Pepe Gelada

“...el nombre de El Tajín le fue dado por los indígenas totonacas de la región por la frecuencia con que caían rayos sobre la pirámide...”

1

Andar así es andar a ciegas,
andar inmóvil en el aire inmóvil,
andar pasos de arena, ardiente césped.
Dar pasos sobre agua, sobre nada
—el agua que no existe, la nada de una astilla—,
dar pasos sobre muertes,
sobre un suelo de cráneos calcinados.

Andar así no es andar sino quedarse
sordo, ser ala fatigada o fruto sin aroma;
porque el andar es lento y apagado,
porque nada está vivo
en esta soledad de tibios ataúdes.
Muertos estamos, muertos
en el instante, en la hora canicular,
cuando el ave es vencida
y una dulce serpiente se desploma.

Ni un aura fugitiva habita este recinto
despiadado. Nadie aquí, nadie en ninguna sombra.
Nada en la seca estela, nada en lo alto.
Todo se ha detenido, ciegamente,

como un fiero puñal de sacrificio.
Parece un mar de sangre
petrificada
a la mitad de su ascensión.
Sangre de mil heridas, sangre turbia,
sangre y cenizas en el aire inmóvil.

2

Todo es andar a ciegas, en la
fatiga del silencio, cuando ya nada nace
y nada vive y ya los muertos
dieron vida a sus muertos
y los vivos sepultura a los vivos.
Entonces cae una espada de este cielo metálico
y el paisaje se dora y endurece
o bien se ablanda como la miel
bajo un espeso sol de mariposas.

No hay origen. Sólo los anchos y labrados ojos
y las columnas rotas y las plumas agónicas.
Todo aquí tiene rumores de aire prisionero,
algo de asesinato en el ámbito de todo silencio.
Todo aquí tiene la piel
de los silencios, la húmeda soledad
del tiempo disecado; todo es dolor.
No hay un imperio, no hay un reino.
Tan sólo el caminar sobre su propia sombra,
sobre el cadáver de uno mismo,
al tiempo que el tiempo se suspende
y una orquesta de fuego y aire herido
irrumpe en esta casa de los muertos
—y un ave solitaria y un puñal resucitan.

3

Entonces ellos —son mi hijo y mi amigo—
ascienden la colina
como en busca del trueno y el relámpago.
Yo descanso a la orilla del abismo,
al pie de un mar de vértigos, ahogado
en un inmenso río de heléchos doloridos.
Puedo cortar el pensamiento con una espiga,
la voz con un sollozo, o una lágrima,
dormir un infinito dolor, pensar
un amor infinito, una tristeza divina;
mientras ellos, en la suave colina,
sólo encuentran
la dormida raíz de una columna rota
y el eco de un relámpago.

Oh Tajín, oh naufragio,
tormenta demolida,
piedra bajo la piedra;
cuando nadie sea nada y todo quede
mutilado, cuando ya nada sea
y sólo quedes tú, impuro templo desolado,
cuando el país-serpiente sea la ruina y el polvo,
la pequeña pirámide podrá cerrar los ojos
para siempre, asfixiada,
muerta en todas las muertes,
ciega en todas las vidas,
bajo todo el silencio universal
y en todos los abismos.

Tajín, el trueno, el mito, el sacrificio.
Y después, nada.

Junio de 1963

PERRA NOSTALGIA

Para David Huerta

Perra nostalgia danza
croa, barrita, ladra
ancha elefanta pareja
para parar las almas
de cabeza

Cabecear
llamear la cara espalda
de la noviecita santa
en la húmeda banca
de San Sebastián

Decirle me amas y me ama
porque a todos nos ama
carambola dorada
de tres bandas

Amada
falda larga bocaza roja,
braserero en Justo Sierra
y en San Ildefonso
Besada excelsamente
en la matiné del *Goya*
luego manoseada
avaramente atrinchilada
abeja reina madre
antorcha adolescente

Estaba el primer libro
de Rafael Solana
el primero de Octavio

Se conspiraba se era pobre
se empurpuraba la poesía
porque queríamos ser
recelar masturbar el viento
aromar la algarabía
al pie de los murales
de Siqueiros y Orozco

Vagar
estudiar
criminalmente

Vagar ahora
vagancia elefanta
cocodrila de dieciséis patas
Cafetear en el café
del chino Alfonso
y sabiamente huir
beber absurdamente
como asnos en celo

Danzar la perra danza
(Preparatoria Nacional)
mentársela a Kelsen
(Escuela de Derecho)
y emprender la fuga
decisiva
con pasos de tezontle
y un hambre endemoniada

La Poesía es una santa
laica
liberalmente emputecida
hasta el cansancio.

19 de febrero de 1971

DESPLIEGUE DE ASOMBROS
ANTE UN DIOS

*A Margarita Peña
A Salvador Amelio*

Lo primero es el cielo. Después viene
el espléndido dios que todo lo atruena
con su nariz agujereada y sus miembros
comidos por el hambre de siglos.

El dios vivo y marcado, ungido
con cenizas y lágrimas en cada poro.
El dios traído a un templo a través de otros
templos y otras catedrales y otros misterios.

El dios puesto de pie, venerado,
herido de dolor y de miseria.

Oh dios de cielos y caminos, dios
de agua y furor, dios maldito de misericordia,
devóranos con tu boca sin labios
y tu dura palabra de serpientes heladas.

Oh sordo, ciego y luminoso dios,
enciende alguna vez el rostro del pueblo,

de este bosque sin dueño, propiedad
de todos y de nadie. Patria de espejos
y mediodías, patria embriagada de muerte.

Húndela, inúndala, oh dios sacado
del secreto, dios que miró abrirse
vientres mestizos y padeció la primera herradura.

AGUA DEL DIOS (1)

*Agua dulce, agua amarga,
agua de soledad, agua de nada,
agua quebrada para el verde amor
y la amarilla piedad;
agua sin sombra para el aire
de esta región llamada
la más transparente de la sangre.*

Dios mío dije ayer en la frontera fuego-sueño
y un elemento lleno de voz y cielos —agua y tierra—
me respondió desde el fondo del corazón de la
tragedia:

*Acércate, abre las piernas del viento
y hunde tu puñal de purísima obsidiana.*

Pero nadie vive de aire sino de hambre
y el canto que anhela lo heroico pierde la alegría
y todo se quebranta como una conversación entre
vasallos.

Oh dios mío vuelvo a decir y desde una región
de corales terrestres y desamparo, la misma voz
de siempre: *Llora un instante, mírate en el espejo
de mi tiempo
y aprende a vivir como un hombre adormilado.*

¿Entonces soy el perro-poeta de rodillas
o el jaguar vencido, hincada la mandíbula en la
tierra que nada engendra?
Con el hocico enfermo de plumas y cuarzos
subo y bajo bajo y subo la pirámide del miedo,
oh dios endemoniado y brujo, tragador de hongos,
dios de soles envilecidos y príncipes y sacerdotes
homosexuales,
yo estoy en adoración todos los días en nombre
de mis muertos
y de mis vivos, de todos los que amo y de todos los
que no he aprendido a odiar,
así, de rodillas, salvajemente mexicano,
adherido a las hoyos inmundos de tu ancha cara sin
horizontes.

Porque se debe decir, partiendo
en dos la podrida manzana de la epopeya:
la patria es
impecable como un asesinato al pie de las ruinas
y una mujer que no pudo parir ni una oración,
la patria es diamantina como la hora del alba en
que un hombre es crucificado
y los panes y semillas del hombre parecen crecer
entre telarañas
—y rayos e incendios, oh dios de dioses,
ciegan y matan la inmensidad del sueño.

AGUA DEL DIOS (2)

*Agua espesa, divinamente pantanosa,
agua de olvido, espejo de tinieblas,*

gran sacerdote del exterminio.
A tus pies, hombre y duelo,
junto a tus heridas cristalinas y tu agua,
me arrodillo otra vez a contemplar el paso de mi
 patria,
y digo que todo podría ser tan hermoso y sagrado
como el amor, como el Amor,
como el AMOR, oh dios,
recíbeme en tu piedra,
 ¡hazme vivir!

Septiembre-octubre de 1964

EL VIEJO Y LA PÓLVORA

A Jesús Arellano

Viejo sangre de toro
viejo marino anciano de las nieves
viejo de guerras de enfermerías
de heridas
 Viejo con piel de flor
viejo santo de tanto amor
viejo de juventud niño de canas
viejo amadasantemente loco de amor siempre
viejo perro soldado
 anciano de los trópicos
viejo hasta lo eterno
joven hasta el espacio azul de muerte
Viejo viejo cazador
matador amador
amante amante amante amante

Puntual exactamente amante
lento y certero
marino viejo tempestad y bochorno
sudor de manos

Viejo dios todos los días
de Dios escribir amar beber maldecir
beber tu propia sangre
viejo sangre de res
bendita seas maldita sangre tuya
cuando el disparo
seco bestial rotundo como un templo mancillado
degolló la marea la selva la cumbre las heridas
el amor total el infortunio la dicha la embriaguez
y un rostro dio fulgores amarillos a la muerte
y un ataúd de pólvora un ataúd un ataúd
y dos palabras

Ernest Hemingway

5 de julio de 1966

SÍLABAS POR EL MAXILAR
DE FRANZ KAFKA

Oh vieja cosa dura, dura lanza, hueso impío,
sombrió objeto
de árida y seca espuma; ola y nave, navío sin
rumbo, derrumbado
y secreto como la fórmula del alquimista; velero sin
piloto
por un mar de aguda soledad; barca para pasar al
otro lado del mundo,

enfilados hacia el cielo praguense y las callejuelas
donde la muerte pisa charcos de la cerveza que no
 bebió Neruda;
hueso infinito para ponerse verde de envidia,
para no remediar nada —ni el silencio ni las alas
 oscuras y obscenas de tus orejas;
para no ver siquiera la herida de tu boca
ni el incendio de allá arriba, donde tus ojos todo lo
 penetran
como otras naves, otras lanzas ardidadas, otra
 amenaza;
para hipnotizar la espada de la melancolía
y acaso para descifrar el curso de aquel río de
 palacios
donde murieron los santos y las vírgenes
agonizaron
 tañendo laúdes de piedra;
para que pasen la novia y el féretro y Nezval
 resucite
en el corazón del follaje del cementerio judío;
para que el poeta te mire y se sonría ante el retrato
 de Dios;
para la locura —tu maxilar de duelo—, para la
 demencia total
y hasta para la humildad de nuestro lenguaje y su
 negra lucidez;
para morir eternamente de una tuberculosis dorada
y cabalgar las nubes y nombrar a los ángeles del
 exterminio
y clamar por los asesinos —otra vez allá arriba—,
por los que quemaron a Juan Huss
y arrojaron sus cenizas a un ancho río de espinosa
 corriente.
Hueso de piedra, ojo derecho del carlino puente,

pirámide caída, demolida, muerta desde su muerte;
hueso para escribir cien veces Señor K Señor K
Señor K
hasta la podredumbre de las estrellas y las ratas de
los castillos
y la infamia de los jueces; hueso vivo, puntiagudo
como la raíz del alma, como la ciega aurora de tus
cejas;
hueso para llegar de rodillas y aguardar
amorosamente
la carcajada y la oración, la blasfemia y el perdón.
Nave, navio, barca y espuma para sudar de miedo
y escribir sobre la piel la palabra abismo,
la palabra epitafio, la palabra sacrificio
y la palabra sufrimiento
y la palabra Hacedor.

6 de noviembre de 1965

RESPONSO POR UN POETA
DESCUARTIZADO

Claro está que murió —como deben morir los
poetas, maldiciendo, blasfemando, mentando
madres,
viendo apariciones, cobijado por las pesadillas.
Claro que así murió y su muerte resuena en las
malditas habitaciones donde perros, orgías,
vino griego, prostitutas francesas, donceles
y príncipes se rinden
y le besan los benditos pies;
porque todo en él era bendito como el mármol de
La Piedad

y el agua de los lagos, el agua de los ríos y los ríos
de alcohol bebidos a pleno pulmón,
así deben beber los poetas: Hasta lo infinito, hasta
la negra noche y las agrias albas
y las ceremonias civiles y las plumas heridas del
artículo a que te obligan,
la crónica que nunca hubieras querido escribir
y los poemas rubíes, los poemas diamantes,
los poemas huesolabrado, los poemas
floridos, los poemas toros, los poemas posesión, los
poemas rubenes, los poemas danos, los poemas
madres, los poemas padres, tus poemas...

Y así le besaban los pies, la planta del pie que
recorrió los cielos y tropezó mil y un infiernos
al sonido siringa de los ángeles locos y los demonios
trasegando absintio

(El *chorro de agua de Verlaine estaba mudo*), ante el
azoro y la soberbia estupidez de los cónsules
y los dictadores, la chirlería envidiosa y la
espesa idiotez de las gallinas municipales.

Maldiciendo, claro, porque en la agonía estaba en su
derecho y porque qué jodidos (*¡Jure, jodido!*,
dijo Rubén al niño triste que oyó su testamento),
¿por qué no morir de alcholes de todo el mundo
si todo el mundo es alcohol y la llama lírica es la
mirada de un niño con la cara de un lirio?

Resollaba y gemía como un coloso crisoelefantino
hecho de luces y tiniebla, pulido por el aire de los
Andes, la neblina de los puertos, el ahogo de
Nueva York, la palabra española, el duelo de
Machado, Europa sin su pan.

Rugía impuramente como deben rugir todos los
poetas que mueren (*¡Qué horror, mi cuerpo
destrozado!*)

y los médicos: *Aquí hay pus, aquí hay pus* —y
nunca le hallaron nada sino dolor en la piel
limpios los riñones heroicos, limpio el hígado, limpio
y soberbio el corazón
y limpiamente formidable el cerebro que nunca se
detuvo, como un sol escarlata, como un sol de
esmeraldas, como la mansión de los dioses, como
el penacho de un emperador azteca, de un
emperador inca, de un guerrero taíno;
cerebro de un amante embriagado a la orilla de un
dulcísimo cuerpo, ay, de mieles y nardos
(su peso: *mil ochocientos cincuenta gramos*:
tonelaje de poeta divino, anchura de navio),
el cerebro donde estallaron los veintiún cañonazos
de la fortaleza de Acosasco
y que luego...

Claramente, turbiamente hablando, hubo necesidad
de destruirlo, enteramente destazarlo como a
una fiera selvática, como al toro americano
porque fue mucho hombre, mucho poeta, mucho
vida, muchísimo universo
necesariamente sus vísceras tenían que ser
universales, polvo a los cuatro vientos,
circunvoluciones repletas de piedad, henchidas
de amor y de ternura.

Aquí el hígado y allá los riñones.
¡Dame el corazón de Rubén! Y el cerebro peleado,
de garra en garra como un puñado de perlas.
Aquel cerebro (¡salud!) que contó hechicerías y fue
sacado a la luz antes del alba;
y por él disputaron y por él hubo sangre en las calles
y la policía dijo, chilló, bramó:

¡A la cárcel! Y el cerebro de Rubén Darío —*mil
ochocientos cincuenta gramos*— fue a dar a la
cárcel
y fue el primer cerebro encarcelado, el primer
cerebro entre rejas, el primer cerebro en una
celda,
la primera rosa blanca encarcelada, el primer cisne
degollado.

Lo veo y no lo creo: ardidado por esa leña verde, por
esa agonía de pirámide arrasada,
el poeta que todo lo amó
cubría su pecho con el crucifijo, el crucifijo, el
suave crucifijo, el Cristo de marfil que otro
poeta agónico le regalara —Amado Nervo—
y me parece oír cómo los dientes le quemaban y de
qué manera se mordía la lengua y la piel se le
ponía violácea
nada más porque empezaba a morir,
nada más porque empezaba a santificarnos con su
muerte y su delirio, sus blasfemias, sus
maldiciones, su testamento,
y nada más porque su cerebro tuvo que andar de
garra en mano y de mano en garra
hasta parecer el ala de un ángel,
la solar sonrisa de un efebo,
la sombra de recinto de todos los poetas vivos,
de todos los poetas agonizantes,
de todos los poetas.

19 de enero de 1967

ESTO SE LLAMA LOS INCENDIOS

Cuatro jinetes de pólvora derriten los vastos
jardines.

Cuatro fantasmas de plomo cavan la tumba del
amor.

Uno, dos, tres, innumerables asesinos decapitan el
ángel de la dicha.

Un jinete de enrojecidos ojos cabalga los incendios.
Algo como una lejana tristeza sucede allá,
en el país de las praderas, del napalm, del oro y de
los enormes ríos

que de pronto se alzan y se preguntan qué pasa,
aló aló qué ocurre en las ciudades de mármol,
en las ciudades de miasma; ¿qué sucede que se ha
roto

el coloquio de los enamorados?

El viento ha perdido

la dirección y la Madre Primavera muestra su pecho
cercenado.

Algo como un quebradero de huesos y de plumas
ha coronado de sombra los capitolios y llenado de
cenizas

las casas que antes del fuego fueron blancas y
púdicas como una guerra no declarada.

¡Aló aló Vietnam, aló padre y poeta Ho Chi Minh!
Hola, hermana ceniza, hermano dedo, hermanas
barbas,

hola querido Comandante Guevara, viento-verdad,
columna asesinada,

allá arriba de nosotros, cerca del cielo o del
infierno,

algo ardiente como una roja espuma se levanta
—y es tu palabra insomne, tu agonía, la línea de tu
sueño.

Pólvora y miedo en el país llamado
“el país más poderoso de la tierra”.
En cada casa norteña, un becerro dorado.
En cada palacio del sur, la suma por centenares de
esclavos.
En todas las casas una Biblia nunca leída, acaso
murmurada, jamás entendida.

Pero olvidemos el poder, el orgullo, los becerros
y las Biblias —y no olvidemos a Abraham Lincoln
río Mississippi abajo
casi al encuentro de don Benito Juárez desterrado
y liando tabaco virginiano; a Abraham Lincoln con
su testimonio a costas,
su vigor de coloso y su tristeza secular.

Cuando Abraham Lincoln fue asesinado
un poco de atardecer cayó sobre el mundo de los
negros
y las plegarias se sucedieron como un amargo río
de lágrimas.

Llamearon las pupilas acusadoras, pero nada más.
Ah, sí:

Un poeta de lengua barba blanca y ojos marinos se
enfermó por la muerte de un capitán de la vida.
Los blancos habían empezado a linchar y
los capuchones del Ku Klux Klan erizaron el
silencioso territorio.

Comenzaba a oler a pólvora, a sangre fresca,
a sudor de jinetes bramadores y a incendios.
Palomas delirantes aparecieron tal presagios,

hasta que los fusiles con miras telescópicas ocuparon
el lugar de los arcángeles y callaron las aleluyas.
El agua del río padre tornóse espesa sangre
y el blues se arrinconó como un perro sarnoso.

Cuando hace pocos amaneceres asesinaron a Martin
Luther King
un poco de niebla fustigó el mundo de los negros.
Pero entonces ya no solamente llamearon las
pupilas
sino la madera, los minerales, los supermercados,
las farmacias, los bancos, las estaciones de policía,
las radiodifusoras, las estaciones de TV..
Ardieron de costa a costa las ciudades para que
iluminaran una muerte
y hubiera un destello de esperanza en la piel negra
y en la piel roja,
y hasta un poco de luz de algo que se llamó bondad,
¿o se llamaba piedad,
o bíblicamente, malditamente se llamaba
violencia?
Hoy nada sabemos. Ni siquiera dónde empieza la
cola de una serpiente de plomo
no dónde termina el dolor de una viuda —ni qué
entraña se arrancaron los huérfanos
para gemir muertos de angustia en las noches de
Memphis y de Atlanta.

Se necesita ser muy hombre para no ser violento.
Se necesita saber musitar un versículo.
Hoy necesito
mucha cobardía para callarme la oración
por Martin Luther King,

y para no decir nada sobre la sangre que lo ahogó
como a un cordero para holocausto
en la piedra solar de una colina mosaica.
¡Aló aló Martin Luther King, hombre negro
degollado!
Hola Martin Lutero Rey, pacífico hacedor de
incendios,
campanada king king de la rebelión, tam tam
descuartizado,
suave africano de la dura Norteamérica.

Aló asesinado
aló mortificado en cuerpo y alma
aló balaceado
Hola enterrado en alma y cuerpo
hola acribillado
santo negro de las llamas
de los negros incendios
te bendigo
te bendecimos
liberador.

Ahora bendícenos, reverendo,
desde tu cielo ceñudo
desde la cálida oscuridad de tu celda celeste
¡No eres más que un cuchillo ni menos que un
motín!
Por la muerte de Malcolm X
por la vida veloz de Stokely Carmichael
condúcenos, oh animoso,
oh tumultuario,
hacia el sofocante purgatorio
de los vastos jardines incendiados!

9-10 de abril de 1968

